

LAS DESOLACIONES DEL SEÑOR, EL CONSUELO DE SUS SANTOS

Volumen 1 – Sermón No. 190

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL MIÉRCOLES 28 DE ABRIL DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamientos en la tierra. Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra. Que quiebra el arco, corta la lanza, Y quema los carros en el fuego”
Salmos 46:8-9***

Al parecer todo lo cristiano debe tener una historia como la de Cristo. Sus comienzos fueron insignificantes: el pesebre y el establo. Lo mismo ocurre con los comienzos de esa sociedad que amamos, y que creemos que es la encarnación misma del Espíritu de Cristo. Sus comienzos también fueron insignificantes. Pero su fin postrero, sin duda, aumentará grandemente, porque, ¿no se ha hecho sumamente glorioso el fin de Cristo? Ha ascendido a lo alto, está sentado a la diestra de Dios, nuestro Padre, y sin duda esta institución que Dios ahora emplea para la conversión del mundo tendrá su ascensión, y Dios la magnificará grandemente.

Pero, así como Cristo fue llamado a sufrir, así todo lo que es semejante a Cristo debe sufrir con él. El cristiano que más se parece a su Maestro comprenderá mejor el significado de ese término, “comunión con él en sus sufrimientos”, y en la medida en que la Sociedad Misionera es como Cristo, tiene el corazón de Cristo y la meta de Cristo, también debe sufrir como Jesús. Este año nos han hecho sorber de esa copa. La sangre de nuestros mártires ha sido derramada, nuestros confesores han dado testimonio de la fe del Señor Jesús, han encontrado su destino a manos de hombres sanguinarios y crueles, y nuevamente la semilla de la iglesia ha sido sembrada en la sangre del santo mártir.

Sentí que al dirigirme a vosotros este día, estaría lejos de mí ofreceros algún consejo, ya que soy el más joven entre todos vosotros, pero que me sea permitido, como a veces el niño consuela a sus padres, pronunciar unas pocas palabras de consuelo que os animen en la angustia presente, y os den ánimo para el futuro combate con el gran enemigo de las almas. ¿Y sobre qué tema podría dirigirme a usted, que podría ser más lleno de consuelo que el presente?

“Venid, ved las obras de Jehová”. Vuélvete del derramamiento de sangre del hombre, y mira a tu Dios obrando, y de las desolaciones de rebelión, matanza y anarquía, volved aquí vuestros ojos a las desolaciones que el Señor ha hecho en la tierra. Ves cómo, aunque el arco de batalla todavía vibra con la flecha, y aunque la lanza todavía está empapada en la sangre del corazón de los hombres, él rompe el arco y corta la lanza en dos, y quema el carro en el fuego.

Consideraremos el texto de esta mañana, primero, como una declaración de lo que ha sucedido y, en segundo lugar, como una promesa de lo que se logrará.

1. En primer lugar, lo consideraremos COMO UNA DECLARACIÓN DE LO QUE YA HA SUCEDIDO. “Venid, ved las obras del Señor, que ha puesto asolamientos en la tierra”.

Y ahora comencemos la discusión de esta parte de nuestro tema, invitándolos al triste espectáculo de las desolaciones que Dios en su providencia, ha traído en diferentes edades sobre varias naciones. Como se dice del hombre, que está lleno de problemas, así es con las naciones, también ellos están llenos de dolores, y algunos de ellos muy amargos. Las guerras han devastado países, las plagas han reducido nuestras poblaciones, todo tipo de mal ha barrido a los imperios más poderosos, y muchos de ellos se han visto obligados, al fin, a ceder ante el ángel destructor, y duermen con la poderosa muerte.

Sin duda, un lamento ha subido de la faz de la tierra cuando las invasiones de los bárbaros han puesto fin a la promesa de la civilización, cuando las ciudades, famosas por la cultura de las artes y las ciencias, han sido repentinamente saqueadas e incendiadas, cuando las naciones que habían hecho grandes avances en el conocimiento han sido llevados cautivos, y se ha hecho retroceder al sol muchos grados en el cuadrante de la historia de la tierra.

Les ruego ahora, que vuelvan sus ojos y lean la página de la historia, y noten las diversas catástrofes que le han sucedido a este mundo. Y apelo a ustedes, como personas que tienen entendimiento, y que pueden rastrear la mano del Señor en estos asuntos, ¿no han ayudado todas estas cosas para bien? ¿Y hasta ahora las revoluciones, las destrucciones de imperios y las caídas de dinastías no han sido ayudas eminentes para el progreso del Evangelio? Lejos esté de nosotros poner la sangre de los hombres a la puerta de Dios. No seamos ni por un momento culpables de ningún pensamiento de que el pecado y la iniquidad que han traído la guerra al mundo son de Dios, pero, al mismo tiempo, como firmes creyentes en la doctrina de la predestinación y sosteniendo firmemente la gran Verdad de una Divina Providencia, debemos sostener que Dios es el autor de las tinieblas tanto como de la luz, que crea el mal providencial tanto como el bien, que mientras envía la lluvia desde lo alto, también es el padre de la tormenta devastadora.

Oh, digo, entonces, venid y ved la mano del Señor en “Aceldama, el campo de sangre”. Venid y contemplad la mano del Señor en cada sacudida de los pilares de las constituciones de las monarquías de la tierra. Ved la mano del Señor en el derrumbamiento de cada torre y el derrumbamiento de cada pináculo que había aspirado al Cielo, porque Él lo ha hecho, ¡Él lo ha hecho! Dios está presente en todas partes.

Y ahora, vuelvo a preguntar: ¿no podéis ver en todas estas cosas, ¿un Dios misericordioso, así como temible? ¿No puedes sentir que todo lo que le ha sucedido al mundo ha sido realmente para su bien? Las guerras, las confusiones y los tumultos, son sólo la áspera medicina con que Dios purgará el cuerpo enfermo de esta tierra de sus innumerables males. Son sólo un terrible tornado con el que Dios barrerá la pestilencia y la fiebre que acechan en el ambiente moral, son sólo los grandes martillos con los cuales despedaza las puertas de bronce, para abrir camino a su pueblo, son solamente los carros de la trilla, con los cuales trilla los montes y los desmenuza, y convierte los collados en paja, para que Israel se regocije en el Señor, y los hijos de Jacob triunfen en su Dios. Como ha sido en el principio, así será hasta el fin.

El ruido y el tumulto de la guerra en la India producirán bien, la sangre de nuestras hermanas será vengada, no por la espada, sino por el evangelio. En los dioses rojos como la sangre de la India, el brazo del Señor aún se sentirá. El poder del que está sentado en el trono será reconocido por los mismos hombres que, primero en la refriega, han blasfemado contra el Dios de Israel. No temamos, no temblamos, el fin de todas las cosas llega al fin, y ese fin ciertamente será el deseado, y toda la ira del hombre no frustrará los designios de Dios. Los problemas pasados nos dan seguridad para el presente y nos consuelan para el futuro. “Venid, ved las obras del Señor, que ha puesto asolamientos en la tierra”.

Pero ahora, pasando de este tema un tanto triste, debo invitarlo a mirar algunas desolaciones que siempre serán hermosas a los ojos del seguidor de Jesús: las desolaciones de la adoración falsa. ¡Qué tema tan agradable! ¡Si tan solo tuviéramos el poder de realmente ampliarlo! ¿Quiéren volver sus pensamientos al origen de la idolatría y decirme, si pueden, cuáles eran los nombres de los primeros dioses que los hombres adoraban profanamente? ¿Son conocidos? ¿No están sus nombres borrados de la historia? O, si alguno de ellos se menciona, ¿no es un refrán, un silbido y un reproche?

¿Qué diremos de las idolatrías que son de fecha posterior, aquellas que han sido anotadas en la Sagrada Escritura, y por lo tanto pasadas a la infamia? ¿Quién se inclina ahora ante el dios de Egipto? ¿Tiene ahora el sagrado Ibis un adorador? ¿Alguien se postra ante el Nilo y bebe sus dulces aguas y piensa que es una deidad? ¿No ha pasado esa idolatría? y ¿no están aún en pie el templo y el obelisco, “los asolamientos que el Señor ha puesto en la tierra”? ¿Hablamos ahora de los dioses de Filistea? ¿Mencionamos a Baal y Dagón? ¿Dónde están?

Escuchamos sus nombres, no son más que los registros del pasado. Pero, ¿quién es el que les rinde homenaje? ¿Quién besa ahora sus manos a la reina del Cielo? ¿Quién se postra en la arboleda de Astarot, o quién adora las huestes del cielo y los carros del sol? ¡Se han ido! ¡Se han ido! Jehová sigue en pie, "el mismo ayer, hoy y por los siglos". Una generación de ídolos ha pasado y otra viene y las desolaciones permanecen como memoriales del poder de Dios.

Vuelve ahora tus ojos a Asiria, ese poderoso imperio. ¿No se sentó sola? Ella dijo que no debería ver dolor. Acuérdate también de Babilonia, que se jactaba de ella. Pero, ¿dónde están ellos y dónde están ahora sus dioses? Con cuerdas alrededor de sus cuellos han sido arrastrados en triunfo por nuestros descubridores. Y ahora en los pasillos de nuestra tierra, se alzan como memoriales de la ignorancia de una raza que se extinguió hace mucho tiempo.

Y luego, vuelve a las idolatrías más bellas de Grecia y Roma. ¡Bellas concepciones poéticas eran sus dioses! la suya fue una gran idolatría, una que nunca será olvidada. A pesar de todo su vicio y lujuria, había en él una mezcla tan alta de la más pura poesía, que la mente del hombre, aunque siempre lo recordará con pena, todavía lo pensará con respeto. Pero, ¿dónde están sus dioses? ¿Dónde están los nombres de sus dioses? ¿No son los planetas los últimos memoriales de Júpiter, Saturno y Venus? ¡Como si Dios quisiera hacer de su universo el monumento de su enemigo destruido! ¿Dónde más se encuentran sus nombres? ¿Dónde encontraremos un adorador que adore su falsa deidad? ¡Pasaron, se fueron! A los topos y murciélagos se les arrojan sus imágenes, mientras que muchos templos sin techo, muchos santuarios en ruinas, se alzan como memoriales de lo que fue, pero no es, y ha desaparecido para siempre.

Supongo que apenas hay un reino en el mundo donde no veas la obra de Dios al aplastar a Sus enemigos. Es para vergüenza del idólatra que adora a un dios que sus padres no conocieron. Aunque hay algunos viejos sistemas de iniquidad, en la mayoría de los casos el sistema es todavía nuevo, nuevo en comparación con las montañas gigantes, los primogénitos de la naturaleza, nuevo en comparación con estas viejas idolatrías que hace mucho que se extinguieron en las nubes del olvido. Me parece un tema muy agradable para nosotros hablar de estas desolaciones que Dios ha hecho. Pues fíjate en esto, lo decimos de nuevo: como era en el principio, es ahora y será por los siglos de los siglos.

Los dioses falsos aún deberán ceder su dominio. Los templos aún no tendrán techo. Sus casas serán quemadas con fuego y sus nombres quedarán en afrenta. No se honrará su dignidad, ni se rendirá homenaje a su nombre. Oh vosotros que teméis por el arca del Señor. Ustedes que tiemblan ante la firmeza con que la falsedad mantiene su trono, miren estas desolaciones y tengan buen ánimo, Dios ha hecho maravillas y las volverá a hacer.

Uno nunca puede pasar, incluso en nuestro propio país, por una abadía en ruinas, o un priorato destruido, o una vieja catedral derrumbada, sin una dulce satisfacción. Son bellas ruinas, tanto más bellas cuanto que están arruinadas, porque sus habitantes están olvidados, porque el monje ya no merodea por nuestras calles. Porque la monja, aunque está aquí y allá para ser encontrada, no es más honrada. Porque la Iglesia apóstata a la que pertenecen ha dejado de tener poder entre nosotros, como antes lo tenía. Por lo tanto, buscaremos honrar a Dios y en todos nuestros viajes pensaremos en este texto: "Venid, mirad las obras del Señor, que ha puesto asolamientos en la tierra".

Y ahora, en segundo lugar, permítanme pedirles que recuerden qué desolaciones ha hecho Dios con falsas filosofías. En cuanto a las piedras y las maderas, son cosas que deben decaer en el curso normal de la naturaleza. Uno podría pensar que algunos de los templos desolados que contemplamos eran más bien trofeos del paso del tiempo que de la mano de Dios, pero el pensamiento es algo duradero. Una filosofía audaz que plasma en palabras los pensamientos errantes, que se han apoderado de los corazones de los hombres, es algo perdurable. ¡Y cómo han creído algunos filósofos que estaban escribiendo libros que serían leídos durante siglos!

Ellos creían que su filosofía ciertamente era eterna y que sus discípulos serían reverenciados hasta el último día. Que cualquier estudiante clásico, recuerde cuántos sistemas de filosofía han pasado antes del progreso del reino de Cristo. El poderoso Estagirita, una vez el gran maestro de todas las mentes, que incluso dominó a muchos espíritus cristianos, finalmente perdió su imperio ante una Verdad más pura.

Pero me abstengo de mencionar estas cosas. Preferiría aludir a la desaparición de los falsos sistemas de filosofía en los tiempos modernos, porque hay algunos de nuestros padres aquí cuyos cabellos acaban de encanecer, que pueden recordar el auge y la caída de unas siete u ocho teorías de la infidelidad. Puedes mirar hacia atrás y puedes recordar cuando se dieron los insultos indecentes de Tom Paine, después de haber estado también la cosa lasciva y enfadada que Voltaire hizo. Recuerdas cómo era la cosa altísima, liviana, especuladora e intrigante de Robert Owen, y luego recuerdas cómo se convirtió en la cosa vil y servil llamada secularismo.

Los hombres han temblado ante eso y han pensado que durará. Creo que viviré para ver enterrar al último laicista, y que al funeral asistirá el líder de algún nuevo sistema de infidelidad, quien, a pesar de su odio a Dios, tendrá que decir sobre la tumba, por muy despecho contra el que le precede, "Aquí yace un necio, excepto un secularista". No tienes que tener miedo de estas cosas. Viven cada uno un ratito. Una luna cercana trae una nueva fase del sistema.

La cosa que han modelado con la mayor diligencia y que pronuncian con la más ferviente declamación, que creen haber probado con la seguridad de la lógica, que han construido, según creen, sobre una roca, contra la cual están las puertas de El cielo no prevalecerá, cuán pronto se desmorona y no queda ni un vestigio de él, apenas un recuerdo de él, pero todo ha pasado y se ha ido. Y así será. Como era en el principio, es ahora y siempre será. "Toda lengua que se levante contra ti en juicio, la condenarás". Las palabras de los sabios son como las hojas del árbol de la vida y no se marchitan. Pero las palabras de los impíos son como las hojas de otoño, todas marchitas, que pronto se convertirán en esqueletos y serán arrastradas por el viento, para no ser oídas más.

Plantado junto a los ríos de las aguas, el árbol de la Iglesia crece todavía, como un cedro joven, fresco y verde. Pero estas cosas son como la zarza del desierto: no ven cuando llega el bien. De la tierra misma dejan de sacar su alimento, y el Cielo niega a la cosa maldita su lluvia cordial, por eso pronto muere y sin memoria pasa. ¡Ten ánimo, amado! No importa donde el enemigo ataque nuestros atrincheramientos, han sido y serán derrotados. Les decimos a los enemigos de Cristo que miren las mil derrotas que han sufrido de antemano. Les advertimos de su locura al atacarnos de nuevo.

¡Ay de ti! ¡Ay de ti! Aunque seáis hombres, filisteos, debéis serlo, seréis siervos de Israel. ¡Ay de vosotros, porque la voz de un rey está en medio de nosotros! Tus padres sintieron nuestro poder. Recuerda quién fue el que cortó a Rahab e hirió al dragón. Tus padres han temblado ante nosotros. Nuestros padres pusieron en fuga a diez mil de tus padres y nosotros haremos lo mismo contigo, y cuando lo hayamos hecho, diremos de ti: "¡Ajá! ¡Ajá! ¡Ajá!" Y te pondré por refrán de nuestros hijos y por proverbio de nuestros siervos para siempre.

Pero mi texto tiene una referencia especial a la guerra: la desolación de la guerra. ¿No habéis notado cuán magníficamente la paz gana sus represalias a manos de la guerra? Mira a través de este país. Me parece que, si el ángel de la paz fuera con nosotros, mientras viajamos a través de él, nos detenemos en los diversos pueblos antiguos donde hay castillos desmantelados, y altos montículos de los que se ha barrido todo vestigio de un edificio, el ángel nos miraría en la cara y diría: "He hecho todo esto: la guerra dispersó a mis súbditos pacíficos, quemó mis cabañas, devastó mis templos y cubrió mis mansiones con el polvo. Pero he atacado a Guerra en sus propias fortalezas y lo he derrotado. Recorre sus pasillos. ¿Puedes oír ahora el vagabundo del guerrero? ¿Dónde ahora el sonido del clarín y el tambor?"

La oveja se alimenta de la boca del cañón, y el pájaro construye su nido donde una vez el guerrero colgó su casco. Como raras curiosidades, desenterramos las espadas y lanzas de nuestros antepasados, y poco pensamos que en esto estemos haciendo tributo a la Paz, porque la Paz es el conquistador.

Ha sido un duelo largo y se ha derramado mucha sangre, pero la Paz ha salido victoriosa. Después de todo, la guerra sólo tiene triunfos esporádicos. Y de nuevo se hunde, muere, pero la Paz siempre reina. Si fuere echada de una parte de la tierra, en otra morará. Y mientras la Guerra, con mano atareada, va levantando aquí un muro, allá un baluarte y allá una torre, la Paz con su dedo suave cubre el castillo con el musgo y la hiedra y come la piedra de arriba y la deja reposar al nivel de la tierra.

Creo que este es un buen pensamiento para el amante de la paz. ¿Y quién de nosotros no lo es? ¿Quién de nosotros no debería serlo? ¿No es el Evangelio todo paz? ¿Y no creemos que cuando el Evangelio sea plenamente predicado y tenga su día, las guerras deben cesar hasta lo último de la tierra? Por eso digo, amados hermanos y hermanas, ¿no podemos consolarnos de todos los estallidos recientes de una matanza más sanguinaria y cruel, en el hecho de que Dios ha hecho desolaciones, incluso en la guerra? Ha hecho desolaciones en la tierra y, como ha sido, así será hasta el fin. No hay ahora muralla que no sea sellada por la paz. Oh, viejos bastiones, todavía seréis destruidos, no por la bala de cañón, sino por algo aún más poderoso.

Cargados de amor, este día disparamos contra vosotros los grandes cañones del Evangelio de Cristo, y creemos que os conmoverán y sacudirán hasta vuestros cimientos más profundos y os desmoronaréis. O si te paras, serás deshabitado, excepto por la lechuza y el avetoro. Tengo la firme creencia de que llegará el día en que Nelson, en la parte superior de su monumento, estará trastornado y el Sr. Whitefield sentado allí, o el Apóstol Pablo. Creo que Napier, que está allí en la plaza, perderá su puesto. Diremos acerca de estos hombres: "Eran hombres muy respetables en los días de nuestros antepasados, que no sabían nada mejor que matarse unos a otros. ¡Pero ahora no nos preocupamos por ellos!"

¡Arriba John Wesley donde estaba Napier! Se va alguien más, que era un ferviente predicador del evangelio, para ocupar el lugar alto sobre la puerta donde otro guerrero cabalga sobre su caballo. Todas estas cosas, los engaños de una era ignorante, las chucherías de un pueblo que amaba el derramamiento de sangre a pesar de su profesión de religión, aún deben ser rotas por hierro viejo y bronce viejo, toda estatua que está en Londres será vendida todavía, y su precio será echado a los pies de los apóstoles, para que ellos puedan hacer la distribución según la necesidad de cada hombre. Las guerras deben cesar, y cada lugar donde reina la guerra y ahora tiene su gloria, aún debe desaparecer, desvanecerse y marchitarse.

Damos todo el honor a estos hombres ahora, porque estos son los días de nuestra ignorancia, y Dios en cierto grado nos guiña un ojo, pero cuando el evangelio se propague, encontraremos que cuando cada corazón esté lleno de él, será imposible para nosotros tolerar el nombre mismo de guerra, porque cuando Dios haya roto el arco y quemado el carro, romperemos la imagen y romperemos la escultura en mil pedazos. Pensaremos que, cuando el comercio esté hecho, los hombres que lo hicieron bien pueden ser olvidados.

2. Creo que hay suficiente para alegrar nuestros corazones y animarnos a todos para la gran batalla de Cristo. Los asolamientos del pasado deben llevarnos a esperar que habrá iguales y mayores en el futuro. Y ahora debo mirar mi texto y muy brevemente, COMO UNA PROFECÍA QUE DEBE SER CUMPLIDA.

Sólo ocuparía innecesariamente su tiempo si volviera a repasar todos mis puntos, porque realmente, cada persona será tan competente como yo, para discernir cómo lo que ha sido será en un sentido aún más elevado. Pero debemos observar una vez más, al advertir esto como una profecía, la figura de nuestro texto. Era habitual, después de una gran batalla y especialmente si la paz estaba entonces firmemente establecida, que los conquistadores reunieran las armas de los vencidos en un gran montón y luego lo incendiaran todo, como hizo Israel con el botín de Jericó, todo fue consumido.

Uno de estos días, cuando Cristo venga en Su gloria, cuando los reinos de este mundo lleguen a ser los reinos de nuestro Señor y de Su Cristo, por no decir nada que parezca proclamar la segunda venida aquí hoy, aunque con toda firmeza créanlo, lamento que alguna vez hayamos permitido en cualquiera de nuestras reuniones misioneras, cualquier discusión sobre un punto que involucra la fe de una gran parte de nosotros. Hay algunos de nosotros que sostenemos que esta es una doctrina tan querida y preciosa como cualquier otra en la Palabra de Dios y, por lo tanto, pensamos que es injusto que en cualquier momento se diga algo en contra de ella.

Cuando nos reunimos en el vínculo común de unión para la difusión del evangelio de Cristo, pensamos que es una cosa grave que seamos atacados entonces. Sin embargo, dejando todo eso, ya sea por una venida espiritual o personal, creemos que uno de estos días seremos despertados de nuestras camas por uno que nos dirá: "Venid, ved las obras de Jehová, que ha puesto asolamientos en la tierra", y cuando lleguemos al lugar señalado, puede ser, como los antiguos efesios sacaron todos sus libros y los quemaron en la calle, veremos a nuestros soldados marchando en fila y deponiendo sus armas, y todo lo que tienen de armas homicidas, amontonándolas en un solo montón, ¡y feliz es el hijo de esa madre que estará allí para verlo! Pero alguien lo verá, cuando se diga con verdad, mientras el fuego se enciende sobre todas estas cosas: "Que quiebra el arco, corta la lanza, Y quema los carros en el fuego".

Feliz el día, cuando todo caballo de guerra sea cojo, cuando toda lanza se convierta en podadera y toda espada sea hecha para labrar la tierra que una vez manchó de sangre. Es de eso que mi texto profetiza y mi texto naturalmente me lleva a eso como el gran clímax del Evangelio. Este será el último triunfo de Cristo, antes de que la muerte misma esté muerta.

El gran chacal de la muerte, Guerra, debe morir también y entonces habrá paz en la tierra y el ángel dirá: "He subido y bajado por la tierra y la tierra se sienta quieta y en reposo. No oí tumulto de guerra, ni ruido de batalla". Esto es lo que esperamos, sigamos luchando con diligencia y seriedad.

Y ahora, habiendo ampliado así mi texto, me permitirán ofrecer algunas observaciones sobre un tema más práctico. Surge naturalmente la pregunta: "¿Por qué esta Promesa no se ha cumplido más abundantemente en nuestros propios tiempos?" Muchos dicen: "Esta es la soberanía divina". Bueno, creemos en la soberanía divina con todo nuestro corazón, es una doctrina en la cual nos deleitamos en meditar y reconocer siempre, pero no podemos hacer de la soberanía divina el gran sepulcro de nuestros pecados.

No podemos aceptar que todo se deba a la puerta de la soberanía divina. Creemos que hay una soberanía que siempre anula los pecados de la Iglesia, así como los del mundo. Sostenemos eso en el sentido más elevado y puro, pero creemos que es un error muy grave para nosotros estar siempre salvando, si somos derrotados, "es la soberanía divina". Israel de antaño no lo dijo. Buscaron la cosa maldita que estaba en el campamento. No dijeron: "Soberanía divina", cuando Benjamín los venció, pero ellos consultaron al Señor. No se contentaron con decir que era soberanía. Era soberanía, sin duda, pero deseaban encontrar otra razón que, una vez descubierta, pudiera ayudarlos a eliminar la dificultad y permitirles conquistar.

Y ahora, amados, hay muchas razones, creo, por las que no prosperamos como podríamos desear en el campo misionero, y permítanme muy brevemente insinuar uno o dos. No pretendo ofender a nadie.

Una de las razones es que no tenemos una unanimidad total y completa con respecto al asunto. Ahora, sé algo de la denominación bautista. He vagado por todos los condados de Inglaterra, bastante bien, y he estado en un gran número de Iglesias y me apena ver que hay muchas de nuestras Iglesias que aún se mantienen totalmente apartadas del campo misionero. Si se mantuvieran al margen de nuestra Sociedad en particular, no me arrepentiría tanto si eligieran tener una propia, pero tampoco tienen una propia.

Existe esta gran cosa por la cual los culparía. Que tuvieran alguna objeción para unirse con los que creen que son diferentes de ellos en opiniones doctrinales, no sólo sería excusable, sino que posiblemente habría ocasiones en que sería loable. Que cualquiera de nosotros que sostenga firmemente las doctrinas de la Gracia de Dios y que, quizás, demos mayor prominencia que otros a la verdad tal como fue enseñada por Calvino y, como creemos, enseñada por Cristo, por lo tanto, no debe tener una sociedad misionera, es un gran y clamoroso pecado.

Y realmente creo que una deserción de una gran parte de nuestro cuerpo, cualquiera que sea la causa, puede ser una de las razones por las que no hemos tenido una bendición tan abundante de Dios. ¡Pues, mira aquí! Dices que puedes prescindir de ellos. Muy bien, así le dijo el pueblo a Josué, cuando conducía sus tropas para atacar Hai. Dijeron: No suba todo el pueblo, sino que suban como dos o tres mil hombres y golpeen a Hai. Y no hagas trabajar allí a todo el pueblo, porque son pocos. Pensaron que sería innecesario y Josué dejó atrás una gran parte, y solo se llevó consigo a sus hombres fuertes y capacitados. Pero, junto con "el anatema", que Acán había ocultado, creo que la falta de todo el ejército de Israel fue en parte causa de la derrota en Hai. Así es con nosotros.

Ah, si hay un medio por el cual podamos hacer que todo Hermano que se dice Bautista se una a esta Sociedad, si hay algún método de amor, si hay alguna forma de hacer concesiones, si hay algún modo o algún medio por lo que todos podemos unirnos en la santa hermandad como una denominación, creo que cada uno de nosotros estamos obligados a lograrlo. En lo que a mí respecta, puedo decir que no se encuentra sobre la superficie del mundo uno más fuertemente apegado a la antigua fe, como yo creo que es, la antigua, fuerte fe doctrinal, unida a la ferviente predicación del Evangelio a toda criatura.

Sin embargo, no me encuentro fuera de lugar en la predicación de una Misión Bautista, ni fuera de lugar en ayudarla y poner todo mi corazón en ella. Me parece que fue fundada por nosotros mismos, los mismos hombres que sostuvieron estas verdades fueron los primeros líderes en ella. Y me parece lo más extraño y maravilloso que cualquier Hermano, por su amor a la sana doctrina, se aparte de las misiones. Estoy seguro de que es una puñalada contra nuestra prosperidad, como Iglesias en casa, si no damos un paso al frente para ayudar a las misiones en general.

Digo esto porque puede llegar a oídos de muchos de los Hermanos que posiblemente no estén presentes hoy, confío en que lo pensarán. No les pedimos que vengan con nosotros, estaremos muy contentos si lo hacen, pero que al menos tengan una sociedad propia. Que estén haciendo algo y que no se diga que existe un Bautista que no ama enviar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Esa tontería de que Dios hace su propia obra y que nos quedamos quietos sin hacer nada, debería haber sido enterrada hace mucho tiempo.

No sé cómo caracterizarlo, nos ha hecho un daño inmenso. Sabemos que Dios ha realizado Su propia obra, pero Él siempre ha trabajado y siempre trabajará con medios. Los hombres que no aprueban trabajar por medios y se quedan al margen y dicen: "No simpatizo con eso", no me sorprende que Dios no trabaje con ellos, no merecen que se trabaje con ellos.

Desechemos eso y digamos: "Si podemos estar de acuerdo con estos hermanos que se asocian en misiones, lo haremos. Si no podemos ponernos de acuerdo con quienes se asocian en una sociedad, lo haremos en otra, pero hagámoslo, porque es nuestro anhelo que los reinos de este mundo lleguen a ser el reino de nuestro Señor y de Su Cristo".

Pero de nuevo, no es todo eso, mis hermanos. Es una falta de amor real a las misiones en todas nuestras Iglesias, y si esto suena crítico y si alguien dice: "No es así en la Iglesia de la que soy miembro", que así sea. No pretendo, cuando hablo en general, incluir a cada individuo. Es, creo, una de las razones de nuestra falta de éxito, o de esa medida de falta de éxito que tenemos, que no hay un verdadero amor por las misiones en las Iglesias que realmente las ayude. Muchos aman las misiones, aman la causa de Cristo, pero no aman a Sión más que a sus propias casas.

Pero por lo que puedo juzgar, hay muchos cuya atención al campo misionero se limita, a ese único día del año en que se predica el sermón. Algunos de ellos confinan ese día muy de cerca, también, porque la moneda de tres centavos más pequeña que se pueda encontrar es apropiada para la colección en esa ocasión. Aman la misión, sí, la aman, pero su amor es de ese tipo antiguo, del que se dice: "Ella nunca dijo su amor". Nunca lo cuentan por ninguna contribución. Lo guardan muy silencioso en sus corazones. No podemos pensar que no deseen que el Evangelio salga volando, porque lo cantan con pulmones vigorosos y con voces clamorosas.

Pero cuando hay algo que hacer, aprietan y atornillan: el cordón de la cartera está hecho con la mitad de la circunferencia ordinaria y no se puede soltar. Hay poco que dar para Cristo. Cristo debe tomar la escoria, la basura de sus riquezas. Ah, si nuestras iglesias amaran las misiones, si tuviéramos más del verdadero Espíritu entre nosotros, encontraríamos a muchos de nuestros jóvenes levantándose para salir y predicar el Evangelio a los paganos. Y entonces la Iglesia, interesándose por los jóvenes que brotaron de su propio corazón, consideraría deber mantener a su misionero y enviarlo a predicar el Evangelio a toda criatura.

Recuerdo que Edward Irving una vez predicó un sermón a una gran congregación sobre las misiones, creo que predicó durante cuatro horas. Y el objetivo del sermón era probar que todos estábamos equivocados, que deberíamos enviar a nuestros misioneros sin bolsa ni alforja, ¡sin darles nada! ¡Edward nunca se ofreció como voluntario para ir él mismo! Si lo hubiera hecho al final del sermón, podríamos haber respaldado su filosofía, pero se quedó en casa y no fue.

Ahora, no creemos en eso, pensamos que, si un hombre no puede tener ayuda, es asunto suyo prescindir de ella. Si un hombre ama el ministerio, si sólo puede predicar el Evangelio de Cristo en la pobreza, Dios lo bendiga en su pobreza. Pero como Iglesia no podemos tener eso. "No, no", decimos, "hermano, si te vas a una tierra extranjera y das tu vida y tu salud y si renuncias a las comodidades de tu familia, no podemos dejarte ir sin nada. Lo mínimo que podemos hacer es satisfacer sus necesidades". Y uno dice: "Ahí, aunque vayas sin bolsa ni alforja, no puedes cruzar el mar a menos que tengas un barco, te pagaré el dinero del pasaje".

Otro dice: "No puedes predicar a estas personas sin aprender el idioma. Y mientras estás aprendiendo el idioma debes comer y beber. Es bastante imposible que puedas vivir por fe, a menos que tengas algo con lo que puedas nutrir tu cuerpo. Aquí está el fondo para sostenerte, para que dediques todo tu tiempo a la predicación de la Palabra".

¡Ah, si amáramos más a Cristo, mis hermanos y hermanas, si viviéramos más cerca de la cruz, si supiéramos más del valor de su sangre! Si lloramos como Él por Jerusalén, si sentimos más lo que es que las almas perezcan y lo que es que los hombres se salven. Si tan sólo nos regocijáramos con Cristo ante la perspectiva de que Él viera el trabajo de su alma y quedara abundantemente satisfecho. Si tan solo nos deleitáramos más en el decreto Divino de que los reinos de este mundo serán dados a Cristo, estoy seguro de que todos encontraríamos más caminos y más medios para enviar el Evangelio de Cristo.

Pero para concluir. Tal vez, puedo decir y algunos de ustedes pueden confesar con lágrimas que es verdad, es la falta de una piedad renovada, en nuestra Iglesia en casa, lo que nos impide esperar un gran éxito en el extranjero. Ah, hermanos, debemos cultivar mejor nuestras propias viñas o de lo contrario Dios no nos hará exitosos en conducir el arado a través de las amplias hectáreas de los continentes. Queremos que nuestros Hermanos sean más fervorosos en la oración. Mire nuestras Reuniones de Oración: un puñado miserable de personas, en comparación con la congregación. Queremos tenerlos más fervorosos en el trabajo. Mire muchas de nuestras instituciones muriendo por falta de trabajadores efectivos, cuando se encuentran, pero no están dispuestos a presentarse.

¿Dónde está el celo de antaño? No somos de los que dicen: "Los tiempos pasados eran mejores que ahora". En algunos aspectos lo eran, en otros no tan buenos. Pero si fueran mejores, no es nuestro lamentarnos, sino trabajar para hacerlos aún mejores. Queremos, reuniendo todas las cosas en una, queremos la efusión del Espíritu Divino en nuestras Iglesias en casa. Así como el aceite de la unción se derramó primero sobre la cabeza de Aarón y luego fue a las faldas del manto, así debe derramarse el Espíritu Santo sobre Inglaterra y luego irá a los confines de la tierra habitable, queremos tener Pentecostés en casa y entonces, Medos y Partos y Elamitas oirán la Palabra.

“Comenzar en Jerusalén”, es la ordenanza de Cristo y es el método de Cristo. Debemos comenzar allí. Y a medida que comencemos allí, en círculos cada vez más y más amplios, el Evangelio se extenderá, hasta que “como un mar de gloria, se extienda de polo a polo”.

Ahora, queridos hermanos y hermanas, al regresar a nuestros hogares esta mañana, llevemos al menos un pensamiento. Creamos firmemente que el propósito de Dios se cumplirá. Esperemos gozosamente que podamos ser los instrumentos de su realización, y luego trabajemos en oración, para que nuestros deseos sean consumados. ¿Qué hay que puedas hacer hoy por Cristo?

Oh, si amas a Cristo, no dejes pasar este día hasta que hayas hecho algo por Él, habla por Él, dáselo a él. Pero pasen cada día como un día de misión y sean cada día misioneros de Cristo. Comienza en casa, engrandece tu caridad, pero comienza primero en casa. Que se cuiden vuestras propias casas y luego vuestras propias sinagogas. Y luego, después de eso, pueden enviar sus misioneros a todas partes de la tierra. Ruego por una buena colecta hoy. Es la primera vez que nos reunimos en este lugar y somos muchos, si no damos una muy buena colecta hoy, será para nuestra vergüenza. Esa es una manera pobre de decirlo. Será una desgracia para nosotros si no damos bien hoy, pero además de eso, si atesoramos nuestro propio dinero, no demostraremos nuestro amor a Jesús. Da como Dios te ha dado.